

Ensayo de un crimen *y Ten Little Niggers.* Una comparación

AGUSTÍN GARCÍA DELGADO | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CIUDAD JUÁREZ

Resumen

El propósito del presente ejercicio es examinar dos novelas, una del dramaturgo y ensayista mexicano Rodolfo Usigli (*Ensayo de un crimen*); otra de la novelista y dramaturga inglesa Agatha Christie, mediante el cotejo de algunas características compartidas por ambas obras. La hipótesis que se intenta demostrar en este artículo es, simplemente, que el autor mexicano se inspiró, parcialmente, en la lectura de la novela inglesa *Ten Little Niggers* (*Diez negritos*), de A. Christie. El método de trabajo es la exposición y discusión de los puntos comunes entre ambas narraciones.

Abstract

The purpose of this exercise is to compare two novels, one by Mexican playwright and essayist Rodolfo Usigli (*Ensayo de un crimen* [A *Crime's Essay*]), the other by English novelist and playwright Agatha Christie, by comparing some characteristics shared by both works. The hypothesis that this article attempts to demonstrate is simply that the Mexican author was partially inspired by reading the English novel *Ten Little Niggers* by A. Christie. The working method is the exposition and discussion of the common points between both narratives.

Palabras clave: Rodolfo Usigli, *Ensayo de un crimen*, Agatha Christie, Diez negritos, novela policial inglesa, novela policial mexicana.

Key words: Rodolfo Usigli, *Ensayo de un crimen*, Agatha Christie, *Ten Little Niggers*, English mystery novel, Mexican mystery novel.

Para citar este artículo: García Delgado, Agustín. "Ensayo de un crimen y Ten Little Niggers. Una comparación". *Tema y Variaciones de Literatura*. Núm. 54, semestre I, enero-junio de 2020, UAM-Azcapotzalco, pp. 41-53.

1. Novela mexicana pionera

En 1944, de la pluma del dramaturgo Rodolfo Usigli, nace la primera novela policial o criminológica propiamente dicha en México: *Ensayo de un crimen*. Preocupaciones e incursiones anteriores de escritores mexicanos en la narrativa criminológica están documentados por, entre otros, María Elvira Bermúdez, Vicente Francisco Torres¹ e Ilán Stavans². La recepción inicial de esta novela, como establecen los mencionados investigadores, no fue precisamente festiva. El paso del tiempo ha robustecido el prestigio de la obra y solidificado su pertenencia al género criminológico, a la llamada novela negra. Lo indudable, fuera de las ya innecesarias discusiones acerca del género a que pertenece, es la buena fortuna editorial de la obra, que a la fecha debe llevar tres ediciones y al menos siete reimpressiones en Cal y Arena.

Ilán Stavans habla de evidentes contactos de *Ensayo de un crimen* con obras de la novelística criminal americana e inglesa. Una escena, por ejemplo, donde la mirada de Roberto descubre en una ventana la silueta de una figura simiesca (el asesino de Patricia Terrazas) nos recuerda que ahí hay un evidente homenaje a Edgar Allan Poe. En efecto, la escena puede hacernos recordar "Asesinatos en la calle Morgue"³, en la que un orangután comete asesinatos que su dueño atestigua, horrorizado, a través de la ventana. Hay que agregar la circunstancia de que la bestia se sirve de una navaja de barbero, que inten-

¹ Torres, Vicente Francisco. *Muertos de papel*. México: CONACULTA, 2003.

² Stavans, Ilán. *Antihéroes. México y su novela policial*. México: Joaquín Mortiz, 1993. La versión en inglés, que fue mi texto de consulta porque no encontré el texto en español, se titula *Atiheroes. Mexico and Its Detective Novel* (traducción al inglés de Jesse H. Lytle y Jennifer A. Mattson). Londres: Associated University Presses, 1997.

³ Howard Haycraft, en las primeras páginas de *Murder for pleasure. The life and times of the detective story*, cita a Brander Mathews: "The history of the detective story begins with the publication of 'The murders in the Rue Morgue'". [Kindle Edition] Mi lectura de la mencionada novela de Poe fue en Edgar Allan Poe, *The Fall of the House of Usher and Other Writings*. Penguin Classics, 2003. No obstante, Salvador Vázquez de Parga ubica el origen de la novela policial mucho tiempo atrás, con *Caleb Williams or things as they are*, de William Golding (padre de Mary Shelley) publicada en 1794. Véase S. Vázquez de Parga. *Los mitos de la novela criminal*. Barcelona: Planeta, 1981, p. 34.

taba imitar el uso que de ella hacía su propietario, en coincidencia con el crimen de Roberto de la Cruz en la novela de Usigli. Por mi parte, he visto algo que en los ensayos sobre la novela de Usigli no he tenido la suerte de saber que haya sido estudiada: varios elementos comunes con *Diez negritos*⁴, una de las más famosas novelas de la escritora inglesa Agatha Christie.

Desde luego, no descarto la posible intervención del azar en las similitudes que se encuentran al confrontar ambas novelas. Si así fuera, quedaría aún a la vista una posibilidad de comparación lúdica, un ejercicio de la curiosidad nada despreciable.

2. Una exitosa novela de Agatha Christie

Ten Little Niggers, traducida al español como *Diez negritos*, fue una novela de Agatha Christie publicada en 1939. Hoy, el título se ha modificado porque el tiempo le ha conferido connotaciones racistas. Una miniserie

de la BBC basada en la novela, se titula *And Then There Were None*, lanzada en 2015.⁵ En español, se ha publicado como *Y no quedó ninguno*.⁶ La autora es una de las novelistas con más ventas en la historia editorial y una referencia clásica en el universo de la novela policial. No por nada le llamaron La Reina de la Novela Policial. También fue muy prolífica: una página de Wikipedia enlista 77 novelas, 28 colecciones de cuentos, 16 obras de teatro, 2 autobiografías, 7 radio y teledramas.⁷ Su pieza *La ratonera* duró muchos años representándose sin interrupción en Inglaterra.⁸ Por cierto, esta pieza también pertenece, por su tema, al subgénero dramático de la novela policial y es quizá la obra teatral más representada de todos los tiempos.⁹ Las probabilidades de que Usigli haya tenido *Diez negritos* entre sus lecturas son muchas, pues esta narración de la escritora inglesa se encuentra entre las novelas detectivescas más vendidas de la historia. Ha sido llevada al cine y al teatro, como varias creaciones de la autora inglesa.

⁴ El título original, al aparecer publicada la novela en 1939 por Collins Crime Club, Londres, fue *Ten Little Niggers*, y así se conoció hasta que, en 1980 y por eludir las connotaciones racistas de “the ‘N’ Word”, fue cambiado a *And Then There Were None*. La canción tema también sufrió una transformación. Ahora se titula “Ten Little Soldiers”. La primera edición en Norteamérica llevó el título *And Then There Were None* (1940), que retoma la última línea de la canción tema (https://en.wikipedia.org/wiki/And_Then_There_Were_None). Hubo una temprana adaptación cinematográfica en 1945, Estados Unidos, con igual título. Algunas ediciones estadounidenses de la novela, entre 1964 y 1986, se han llamado *Ten Little Indians*. Múltiples versiones en teatro, series y miniseries televisivas, cine, han sido producidas desde los años 40 del siglo xx.

⁵ <<https://www.filmaffinity.com/es/film922426.html>>.

⁶ RBA Libros, 2008. <https://www.goodreads.com/book/show/140355.Y_no_qued_ninguno>.

⁷ Agatha Christie Bibliography (en línea): <https://en.wikipedia.org/wiki/Agatha_Christie_bibliography>. Consultado el 25 de abril de 2020.

⁸ “One of Christie’s plays, *The Mousetrap*, opened in West End theatre in 1952 and, as of December 2019, was still running; in 2009 the London run exceeded 25,000 performances.” (*Ibid.*).

⁹ Para mayor información véase Sabrina Offord, “65 Years of The Mousetrap”, en el sitio de Internet Victoria & Albert Museum (vam.ac.uk) <https://www.vam.ac.uk/blog/museum-life/65-years-of-the-mousetrap?gclid=EAlaIqobChMlg6HA2vL-6AIVispkCh3Hpww-kEAAAYASAAEgl1q_D_BwE>.

En esta novela el personaje principal, un juez que goza el prestigio de una rectitud ejemplar y un rigor inflexible, decide aplicar la justicia por su propia mano para suplir las incapacidades del sistema judicial ante casos donde no es posible la presentación de pruebas. Su decisión no es de todo racional, pues sufre una condición patológica: matar, desde su infancia, le produce un gran placer, refrenado sólo por su profundo sentido de justicia.

Veamos cuáles son los principales aspectos que hermanan a las dos obras y que nos dan información sobre las lecturas que ocuparon y excitaron la imaginación de Rodolfo Usigli en las primeras décadas del siglo xx, además de animarlo a escribir su única novela.

3. Sentido estético y de justicia

En *Diez negritos*, el asesino posee ciertas características psicológicas que son reveladas desde las primeras páginas:

Nací con otras peculiaridades además de mis aficiones románticas. Siento un sádico placer al ver morir o al matar con mis propias manos. Realizaba experimentos con avispas y otros insectos en el jardín de mis padres. Desde mi más temprana infancia matar siempre me causó un gran placer.

Por otra parte, sorprendente contradicción, estoy imbuido de un sentido de la justicia muy elevado y me subleva la idea de que un ser inocente pueda sufrir y morir por una acción mía. Siempre he deseado el triunfo de la justicia.¹⁰

¹⁰ “Documento manuscrito enviado por el capitán del pesquero Emma Jane a Scotland Yard”. En Christie,

Estas palabras del juez Lawrence Wargrave son parte de su minuciosa y extensa confesión, escrita en papel y puesta en una botella que arrojó al mar, con la esperanza de que su letal enigma insoluble (realmente lo era) fuera conocido para cumplir con la justicia en la que él creía y así obtener un anhelado reconocimiento como esteta en su fatídica afición. Esto se confirma en otra parte de la carta: “Ambicionaba cometer un crimen misterioso que nadie pudiera resolver. Pero ahora me doy cuenta de que a los artistas no les basta el arte, sino que todos ansían la gloria.” Párrafos antes de esto, en el mismo “Documento manuscrito...”, describe un cambio en su conocida actitud recta como juez ante los tribunales: ya no le bastaba mandar al patíbulo a quien lo mereciera; ahora “deseaba actuar más que juzgar”. “¡Era, o podía ser, un artista del crimen!” Y, más adelante:

Tenía —tenía— que cometer un crimen, pero un crimen sensacional, fantástico, fuera de lo común... ¡Quería algo teatral, imposible! Quería matar. Sí, deseaba matar.

Pero, aunque parezca incongruente, mi sentimiento innato de la justicia refrenó mis impulsos. Un inocente no debía sufrir.¹¹

Wargrave ha decidido, pues, seguir ejerciendo su misión de preservar el bien (su idea del bien) por cuenta propia, fuera del escenario judicial. De la charla que tuvo con un médico le surgió la convicción de que muchos ho-

Agatha. *Diez negritos* (traducción de Orestes Llorens). Barcelona: Edición digital [Kindle] RBA Libros, S. A., 2013. La primera edición inglesa data de 1939.

¹¹ *Ibid.*

micidios intencionales escapaban a la acción de la justicia. Por ejemplo, el caso de una anciana a quien dos sirvientes (un matrimonio), encargados de cuidar su salud, dejaron morir con el simple método de omitir la administración puntual de sus medicamentos. Desde luego, la anciana había dispuesto que, al morir ella, tuvieran asegurada una cuantiosa herencia. El doctor le aseguró que conocía varias situaciones similares. El juez decidió vengar esas iniquidades que la ley no podía perseguir, acabar con la vida de personas que no merecían, por su maldad, estar en el mundo. Así llevaría sus torcidas obsesiones a término: justicia y necesidad de matar.

Esta primera característica del villano creado por A. Christie guarda similitudes en este aspecto con Roberto de la Cruz, quien desde las primeras páginas se muestra consciente de una superioridad que justifica sus actos y respalda sus actitudes. Y, claro, como lectores juzgamos a esos juzgadores de papel, que nos pueden simpatizar o repugnar. Cuando De la Cruz sale de su casa, después de comprar una caja de música tan simbólica e importante en la trama, recuerda el momento de su infancia cuando un militar lo lleva de la mano por la calle y, sin mayor explicación, le dice: "Mira, muchacho, para que te diviertas un poco", y enseguida dispara hacia un anciano que está en la acera opuesta. El niño ve caer al viejo, y luego, observa al militar cuando enfunda su arma; en ese momento comienza a sonar "un cilindro callejero", que reproduce *El príncipe rojo*, ese vals que lo acompañará como un tumor en el alma por toda su existencia. La imagen de superioridad incuestionada de ese militar

prepotente está en la base psicológica del antihéroe Roberto de la Cruz, quien al principio parece obtener su impulso asesino de manera involuntaria por influjo de la música, pero muy pronto ese impulso se va convirtiendo en una convicción apoyada con razones éticas y estéticas, que se revelarán cuando confiesa a su noviecita de adolescencia que "él no era un hombre como todos, él tenía un destino. Él sería un gran criminal o un gran santo".¹² Obviamente, tanto la obra de Agatha Christie como la novela de Usigli pagan tributo a sus maestros previos. Thomas de Quincey por *Del asesinato como una de las bellas artes*, en primer lugar, que está sin duda en la base de esa idea de matar como acto de creación artística.

Pronto, la aspiración de llegar a santo sería desechada: "Pidió una nueva taza de café. Su vocación real era aquella, confesada en el baile pueblerino a una muchacha de humo con figura de novia: un gran santo o un gran criminal. Había comido demasiado bien para poder ser un gran santo." Luego de esta reflexión, presencié la escena de una niña que había caído de un columpio. El padre, un hombre obeso, la zarandeó y regañó; la niña respondió groseramente hasta que la madre, "una mujer gorda", intervino. "Sí, no tendría más remedio que ser un criminal. Esta familia se prestaba para ser asesinada, bromeó

¹² Todo lo referido en este párrafo tiene lugar entre las páginas 11 y 12 de la edición que tengo a la vista al escribir estas líneas: Usigli, Rodolfo. *Ensayo de un crimen*. México: Cal y Arena, 2007, séptima reimpresión. La primera impresión en Cal y Arena es de 1989; hay otra edición de Océano, de 1987, y una de Lecturas Mexicanas en 1986. La edición príncipe, por llamarla así, es de 1944.

para sí.”¹³ Juicio ético y estético reunidos: el comportamiento familiar impropio y el aspecto de esa familia, especialmente el aspecto físico, les hacía inmerecedores de estar sobre el mundo y él, sin duda superior a esa gente, los podía juzgar y sentenciar. La justicia de este antihéroe es más compleja que la de Lawrence Wargrave, pues si aquel medía el derecho de las personas a estar vivas por una sola acción inicua, sin considerar más detalles de sus personalidades, De la Cruz tenía en cuenta varios aspectos valorativos, desde la apariencia corporal, el vestido, el trato, las preferencias sexuales, la virginidad, la infidelidad... Curiosamente, no parecía cuestionar el valor de personas como su amigo Asuara, que regenteaba un grito particular, seguramente ilegal, de juego y apuestas (y era gordo). Tenía también, Roberto, una filosofía judicial que aplicaba a la sociedad toda, como lo vemos en esta reflexión durante su breve estancia en la cárcel:

Por primera vez Roberto de la Cruz se planteó el problema de la justicia. No lo refería a su propio caso, puesto que él no se sentía castigado: pero le apareció en toda su monstruosidad la mecánica del castigo y del premio, la inmemorial disputa por el poder entre los muchos y los pocos; la capacidad para el daño que es parte de toda sociedad organizada y que la coloca al mismo nivel del individuo criminal o de la bestia salvaje. [...]

Todos los hombres cometen crímenes, deformando naturalezas humanas, destruyendo moralmente a una esposa, a un subalterno, a un

rival –pero no todos se atreven a hacerlo derramando sangre. Engendrar un hijo, sembrar un árbol, escribir un libro, y cometer un crimen. Esos eran para él los actos fundamentales de la vida. Pero un crimen limpio, elevado, gratuito.¹⁴

Es interesante esta mención sobre la calidad del crimen. De la Cruz lo desea artístico, gratuito –dice él, es decir, sin un vulgar móvil como el robo–. Desafortunado en su propósito, fracasa varias veces cuando intenta terminar con la vida de alguien (sólo al final lo consigue); sus víctimas *platónicas*, además, le son odiosas, repulsivas, y pertenecen a esa clase de personas “marcadas”, que tarde o temprano acabarán mal, que son prescindibles en el mundo y lo afean. Siendo así, sus crímenes no son realmente inmotivados y, para desgracia del antihéroe, en ningún caso prepara el escenario para darle un toque artístico a su “obra”, como prefieren los personajes de Thomas de Quincey en *Del asesinato como una de las bellas artes*. En contraste, Wargrave no dice buscar valores estéticos en sus actos de sangre y, sin embargo, todo el programa de los mismos, la disposición espacial de algunos de ellos, forman parte de una escenografía y un desarrollo sistemático dignos de un artista (artista de la muerte, eso sí). Por algo doña Agatha es una escritora genial. Entre sus primeras lecturas de juventud, según los biógrafos, estaban las obras de Wilkie Collins y Arthur Conan Doyle. Naturalmente, eso se refleja en sus obras.

¹³ *Ibid.*, p. 13.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 74-75.

En algún lugar me enteré que Borges afirmaba de *La piedra lunar*,¹⁵ de Wilkie Collins, que tenía una estructura perfecta. Leí la novela y no desmentiré al gran maestro. Pues bien, algo de esa perfección estructural está en *Diez negritos*, apoyada quizá en la simplicidad argumental, es decir, en una trama sin complicaciones excesivas y anunciada desde muy temprano para conocimiento de los lectores.

4. El tema musical

La primera coincidencia que advertí entre las novelas que estamos comentando, fue que cada una de ellas tiene un tema musical que sirve como disparador o motivación del impulso criminal en sus protagonistas.

Roberto de la Cruz escuchó el vals que tocaba un cilindro callejero, *El príncipe rojo*, de Waldteufel. No he logrado verificar la autoría de un vals llamado así; en la gran red es posible encontrar la música de Waldteufel, pero no aparece ningún *Príncipe rojo*; quizá un involuntario error o simple ficción usigliana. Esto lo confirma quien fuera mujer de Usigli durante quince años, doña Argentina Casas, quien afirma:

Por cierto que *El príncipe rojo*, nombre de uno de los capítulos de la novela, se refiere a un vals que Rodolfo creyó que era de Walteufel [sic],

pero en realidad era de un compositor mexicano que se llamaba Enrique Martínez.¹⁶

Lo escuchó inmediatamente después que su cuidador, un militar que “vestía camisa, botas y sombrero tejano y tenía unos bigotes a la Kaiser”, para divertir al niño sacó su pistola y asesinó a un anciano que estaba en la acera de enfrente. El episodio, lejos de causarle gracia a la criatura, fue la desgracia de su vida. A partir de ahí, al menos en su edad adulta, escuchar o tan sólo recordar ese vals le producía el deseo irreprimible de matar. Una patología interesante.

En cuanto a Wargrave, sabemos que visitó a un médico por problemas de insomnio; le fue recetada cierta medicina para conciliar el sueño, misma que utilizó para envenenar después a una de sus víctimas. Este juez había ya decidido impartir justicia por su propia mano, con una actitud que fue calificada por la policía de Scotland Yard (y los lectores no podríamos estar en desacuerdo) como psicopatología. Cuando el juez escuchó una canción infantil muy popular, *Ten Little Niggers*,¹⁷ reflexionó sobre la injusticia de las muertes que se enumeran ahí. Eso le hizo relacionar la letra con las infracciones no castigadas por la ley y tomar la decisión de aplicar la justicia ahí donde los tribunales no podían alcanzar a los bien disimulados malhechores. Así que invitó a una lista de

¹⁶ Casas Olloqui, Argentina. *Mi vida con Rodolfo Usigli. De secretaria a embajadora*. México: Editores Mexicanos Unidos, 2001, p. 163.

¹⁷ Aquí encontramos la letra en inglés, así como una explicación de A. Christie sobre la manera en que concibió su novela: <<http://onyourmarks.free.fr/tenlittleniggers.html>>.

¹⁵ En inglés, *The Moonstone*. La edición en español que poseo es traducción de Horacio Laurora. Barcelona: Ediciones B. S. A., 1999, 650 páginas (Biblioteca de Bolsillo).

personas, mediante una carta casi anónima, a pasar una semana en la Isla del Negro, frente a las costas de Devon, al Suroeste de Inglaterra. Ninguno de ellos se admitía culpable de haber cometido un asesinato pero, sin forzar mucho la lógica, lo eran fuera de toda dubitación. Diez niños mueren en la canción, uno a uno; eso da la pauta para el programa de diez asesinatos justicieros y para la exacta estructura de la novela, con sus respectivas pistas falsas y suspenso continuo hasta el final.

5. Invención de dos antihéroes

Tanto Rodolfo Usigli como Agatha Christie han creado, cada uno por su cuenta, un antihéroe particular. ¿Qué es un antihéroe de la novela criminal? Un asesino o un tipo excesivamente violento erigido como protagonista de la historia, cuyas ética y acciones conducen a generar simpatía o antipatía en el lector; o, aún mejor, provocan sentimientos encontrados en él: afinidad y rechazo a la vez. Un infractor de la ley tomado como personaje principal de un relato o una novela.

Sobre la figura del antihéroe, opina el español Salvador Vázquez de Parga:

El antihéroe es... Clark Kent que sólo tiene que despojarse de su vestidura humana para convertirse en Superman. [...] El verdadero antihéroe es el perdedor en la inevitable confrontación ética, sean cuales fueren las cualidades de que esté dotado, porque el heroísmo se mide sobre todo

por los resultados que afectan a la comunidad y no por el resultado directo sobre el individuo.¹⁸

Este tipo de personajes provocan amor y repugnancia, si esto es humanamente posible. Pero basta con que sea posible en la ficción. ¿Cuáles son los elementos narrativos de que se sirven los autores para que su personaje sea, a un tiempo, seductor y repulsivo?

Roberto de la Cruz, por su parte, tiene ciertos refinamientos, heredados de una historia familiar, en provincia, con ciertos privilegios económicos. Y, según lo vamos conociendo a lo largo de la novela, se trató de una familia funcional, con tradiciones bastante conservadoras y, lo que es mejor, con dinero; la hija tocaba el piano, la madre tejía, el padre observaba a su familia. ¿Quién puede reprochar ese ambiente, esa forma de vivir? De ese pasado heredó sus buenos gustos en el vestir y en la decoración, así como los buenos modales. Además, nuestro personaje tiene buen corazón. En un momento de la historia conoce a una mujer pobre llamada Lavinia, quien se siente atraída por él. Como el hombre está eludiendo el compromiso, y además no parece muy prometedora una relación con alguien de distinta cultura y condición social (aunque no se diga explícitamente), decide alquilar una casa para ella y pasarle una pensión modesta, para que no le falte lo indispensable. Otro rasgo que lo puede hacer grato a los lectores es

¹⁸ Vázquez de Parga, Salvador. *Los mitos de la novela criminal. Historia y leyenda de toda la literatura de criminales y detectives desde Poe hasta la actualidad*. Barcelona: Planeta, 1981, p. 25 [Colección Textos].

su elección de víctimas. Ciertamente, Patricia Terrazas, su primer proyecto en esa dirección, es una mujer antipática. El retrato que se hace de ella desde el narrador y desde los comentarios de todos los personajes que la conocen, la convierten en alguien en verdad insufrible. El conde Schwartzemberg, su segundo proyecto, se viste mal, y tiene una vasta colección de joyas y objetos de arte, algunos falsos y todo de pésimo gusto, que De la Cruz califica en estas pocas palabras: “—Un muladar —dijo articulando hasta silabear casi—, un muladar de oro y piedras preciosas.”¹⁹ Poco espacio tendría el lector para estimar a este personaje, aunque en lo personal sentí más compasión que repudio por él. Era, en gran medida, un solitario a quien nadie apreciaba, un ingenuo a quien se podía estafar con facilidad. Un falso dandi. Pero, además, todo lo opuesto a las virtudes que nos pueden agradar de Roberto, así que tal vez, al menos en el plano ficcional, es posible aprobar el destino que para el conde ha determinado el protagonista. Entre las personalidades de la cultura conocidos durante su matrimonio con Usigli, Argentina Casas describe a uno llamado Agustín Schultzenberg, homosexual, excéntrico y solitario. Sería excesiva coincidencia que no fuese el modelo real del conde Schwartzemberg. En el libro de Casas Olloqui se menciona por lo menos algún caso similar. Otro dato de Roberto de la Cruz: aunque fuma habitualmente, no le gusta ni le interesa la marihuana, lo cual puede tomarse como virtud o no.

¹⁹ Usigli, Rodolfo. *Op. cit.*, p. 130.

Como en la estructura clásica del cuento popular, *Ensayo de un crimen* tiene a su héroe (en este caso antihéroe) y su coadyuvante, el ex inspector Herrera. La simpatía de este detective por De la Cruz funciona como un mensaje permanente hacia el lector, quien recibe frecuentes muestras de beneplácito por los afectos y desafectos del protagonista. Es, también, un consejero, guía y protector de principio a fin de la aventura que vive “el hombre de los ojos dorados”, el dandi Roberto de la Cruz.

Hemos enumerado algunas cualidades positivas del personaje, ahora veamos con más brevedad sus evidentes vicios, comenzando por su anhelo de cometer un asesinato —glorioso y artístico—. En el momento histórico de producción del discurso que construye a esta novela, la homofobia no pasaría como un grave defecto, necesariamente, a los ojos de muchas personas. La novela toda destila esa actitud, no sólo del protagonista, aunque se advierten algunos matices de apertura mental. ¿Tendrá relación, esta relativa condescendencia, con el hecho de que Usigli tuvo amigos homosexuales? Por lo menos Xavier Villaurrutia, con quien estuvo viviendo una temporada durante una estancia que hicieron ambos en la Universidad de Yale, como estudiantes de teatro.²⁰ Y Salvador Novo, a quien admiraba antes de ser Usigli el gran dramaturgo mexicano. Información, pues, que nos lleva a imaginar a un Usigli nada homófobo, a diferencia de su personaje. Por otra parte, ninguna importancia

²⁰ Villaurrutia, Xavier. *Cartas de Villaurrutia a Novo (1935-1936)*. México: Ediciones de Bellas Artes, 1996.

tiene que muchos de ellos hubiesen tenido determinada preferencia sexual; lo interesante es que se manifestaran abiertamente al respecto en esa época.

Roberto de la Cruz –seguimos con los aspectos negativos–, es un enfermo mental, un psicótico peligroso que desea matar y además imagina que ésa es una de las misiones del hombre. Sus juicios “estéticos” abarcan el desprecio hacia las personas cuya apariencia es distinta de su parámetro de belleza (es evidente su desdén por la gente obesa). Desprecia al mal vestido, la pobreza, la ignorancia. Esa actitud lo lleva al extremo de pensar que quienes son así estarían mejor muertos, aunque sus acciones no lo llevaron al extremo de atentar contra alguien por ese motivo. Su rigorismo estético aplicado a las personas lo convierte en un ser antisocial, incapaz de relacionarse de manera estable. Son muy escasas, casi nulas, las relaciones afectivas que consigue establecer con mujeres.

Para culminar, este personaje ha desarrollado el vicio del juego, que también es un trastorno de salud altamente destructivo, como el alcoholismo. Adorable y despreciable, ¿cierto? De la Cruz es ambas cosas.

Igualmente, el juez Lawrence Wargrave, antihéroe de Agatha Christie, es bueno y malo; recto y cruel; justo e infractor de la ley. Durante sus actuaciones como representante de la justicia, siempre se apegó a Derecho, sin permitirse inclinaciones subjetivas al dictaminar la suerte de un acusado. Siempre tuvo un profundo apego a la justicia. Su personalidad es relatada con no excesiva profundidad, como corresponde a una novela del tipo *whodunit*, donde lo importante es el

enigma. En pocas palabras, no sabemos mucho más de la conducta ejemplar que mantuvo este hombre hasta la edad en que decidió acabar con la vida de diez personas.

El juez, con todo y su patología letal, era moralmente superior a sus víctimas, una verdadera horda de hipócritas: esta mujer despidió a su empleada doméstica porque le pareció inapropiado que se hubiera embarazado, lo que motivó el suicidio de la chica; aquel par de sirvientes desleales dejaron morir a su amable patrona omitiendo administrarle la medicina; un militar mandó a la muerte segura a un subalterno porque sospechaba que tuvo una relación con su esposa... así por el estilo eran todos. Uno acaba prefiriendo al asesino justiciero Wargrave.

La justicia que tanto le importaba lo animó a buscar una manera de que el castigo legal dejase caer sobre él la culpa de su masacre, aunque puso esta esperanza en manos del azar: la confesión que guardó en una botella que flotaría en el océano quién sabe hasta cuándo.

También Wargrave, como De la Cruz, tiene su coadyuvante, que sólo aparece al principio de la novela: es el médico que lo refrenda en su idea de que hay crímenes no castigados por la justicia, criminales que se salvan porque la ley no puede probarles delito alguno aunque merecerían ser juzgados. Los comentarios de ese médico justifican ante el lector –y ante Lawrence– las futuras acciones del personaje protagónico.

Su desplazamiento hacia el rumbo del mal se verifica, según vemos explicado vagamente en la trama, a causa de una psicosis cuyo primer síntoma es un incontrolable insomnio. Sin embargo, la semilla de su ca-

rácter maligno estaba sembrada de algún modo desde su niñez: disfrutaba matando insectos en el jardín de sus padres. Su sentido justiciero era peculiar y estaba asociado al placer patológico de provocar la muerte cuando dictaba sentencias. Sus crímenes son la culminación de un deseo latente desde la infancia. Este deseo fue llevado al extremo de aplicarlo a sí mismo.

Simpático, inteligente, calculador, cruel. Adorable y detestable a la vez, como nuestro Roberto de la Cruz, Lawrence Wargrave se erigió en uno de los personajes memorables de Agatha Christie y de la novela criminológica.

6. Las listas

Otro puente indudable entre las novelas que venimos comparando, es su empleo sistemático de listas. En la obra inglesa, se trata de un motivo temático que se convierte en programa estructural. La canción enumera la existencia y muerte de diez niños y describe en muy pocas palabras la manera en que ocurre dicha muerte. Las víctimas de Wargrave fueron diez, como las estrofas de la tonada. Además, sobre la mesa de una sala, en la mansión que ocupaban los diez invitados, había diez figurillas representando a los personajes de la canción; cada vez que un invitado moría, una figura se esfumaba. Así se iba cumpliendo el destino metódicamente dictaminado. Todo el programa, pues, de la novela, procede con arreglo a una lista de diez etapas.

La novela de Usigli, más compleja argumentalmente, de estructura novelística más tradicional o menos apegada al estilo de la

novela policial inglesa, incluye en la trama una serie de listas que constituyen los pasos de un plan, una partitura del crimen. Estos registros son importantes, pero no forman el núcleo de la novela. Lo que me interesa destacar es el hecho de que ambos autores se sirven de este sistema, mejor dicho, ambos antihéroes son criminales del rigor metódico expresado en la enumeración de momentos planificados. Coincidencia o claro influjo. Roberto de la Cruz, pues, así organiza su intento de matar a Patricia Terrazas:

Con la precisión de un reloj, empezó a contar.

Uno —Llegaría a la puerta.

Dos —Esperaría hasta que no pasara nadie por la calle.

[...]

Quince —La golpearía en la cabeza con el pisapapeles...

[...]

Veintiuno —Bajaría la escalera...

Veinticuatro [*sic*] —Empujaría con el codo la puerta del desván y tiraría en él su duplicado de la llave.

[...]

Treinta —Volvería a su casa a cambiarse.²¹

Un problema curioso surge aquí cuando, en esta lista de treinta pasos, el personaje salta del número veintiuno al veinticuatro, contradiciendo su propósito anunciado de actuar "con la precisión de un reloj". Quizá el autor, Rodolfo Usigli, quiere indicar con ello el desquiciamiento de Roberto de la Cruz, sin mayor esclarecimiento que la reiteración

²¹ Usigli, Rodolfo. *Op. cit.*, pp. 42-43.

del error cuando, al planear otro asesinato, vuelve a las listas porque "Su método de preparar las cosas detalle a detalle, numerándolas, seguía pareciéndole inmejorable."²² En esta ocasión, elabora tres listas. Del uno al doce, sin saltarse números; cuatro incisos (a, b, c, d) sin saltarse letras; otra numeración del uno al treinta, pero otra vez omitiendo los pasos dieciséis y dieciocho. ¿Por qué estos saltos? Tal vez por lo que conjeturamos acerca del desarreglo mental de nuestro protagonista.

Estas enumeraciones quizá tengan un vago sentido esotérico en ambos autores, algo cercano a la superstición. De la Cruz, además de los números que asigna a cada paso de lo que va a perpetrar, se atiene a su suerte en el juego, y siempre le va bien. Agatha Christie juega bastante con los números en sus narraciones, como atestiguan varios de sus títulos: *The Big Four*; *Three Act Tragedy*; *One, Two, Buckle My Shoe*; *The Seven Dials Mystery*; *The Thirteen Problems*. Y no le fue ajeno el tema del espiritismo.

Conclusión

Arribamos, pues, al final de este cotejo con la pregunta aún abierta: ¿Escribió su novela Rodolfo Usigli bajo la influencia consciente de *Ten Little Niggers*? Estudiosos y lectores tienen las herramientas a la vista para discutir el tema o para jugar con las posibilidades que el tema presenta. La coincidencia de fines del protagonista enunciados al comienzo, tanto en la novela inglesa como en la

mexicana, a la vez conduce, por sus desenlaces, a una diferencia importante: Wargrave cumple su proyecto con plenitud. Para él, aunque acaba muriendo, el final es feliz: castiga a los malvados, entre quienes se encuentra él mismo, pues estas muertes también deben sancionarse. Roberto de la Cruz, en cambio, sigue vivo al final de su aventura, mas el final le resulta adverso, pues acaba recluso, pero no para purgar su único y mortal delito, sino para ser curado de su presunta locura en un manicomio. No hay sino amargura en su ánimo al final de la novela, en parte porque no cree haber alcanzado su objetivo de realizar un crimen gratuito y estético. Para colmo, será juzgado y se volverá famoso porque mató en un arrebato demencial, no por ser un asesino virtuoso. Otras lecturas de ese final podrían desmentir al personaje: el furor inconsciente que lo llevó al crimen puede permitir que tal acto se considere gratuito, sin un móvil. En la imitación de la masacre que un orangután cometió en la narración de Poe hay una intertextualidad que eleva a categoría de artista, finalmente, al triste protagonista de *Ensayo de un crimen*.

Quizá en esa tristeza radica el contraste mayor con la obra de Agatha Christie, cuyo protagonista alcanza tal sarcasmo al final de su aventura que prácticamente escuchamos reír a Wargrave ante la ineptitud de Scotland Yard. Si triunfa la justicia, es gracias al villano. Aún así, la novela de Usigli es valiosa por su mayor profundidad, sus aportes como crónica urbana, su buena prosa y su carácter inaugural; también contiene, *Ensayo de un crimen*, su buena dosis de crítica social; además, es un documento sobre la visión que

²² *Ibid.*, p. 135.

la comunidad cultural tenía sobre México y el mundo en las primeras décadas del siglo xx. Y un referente ya clásico en los estudios sobre la novela criminológica en México. *Ensayo de un crimen* es una novela pionera, de excelente factura literaria, disfrutable y plena en aspectos dignos de estudiar.

Fuentes

- Casas Olloqui, Argentina. *Mi vida con Rodolfo Usigli. De secretaria a embajadora*. México: Editores Mexicanos Unidos, 2001.
- Christie, Agatha. *Diez Negritos* (traducción de Orestes Llorens). Barcelona: Edición digital [para Kindle] RBA Libros, S. A., 2013.
- Collins, Wilkie. *La piedra lunar* (traducción de Horacio Laurora). Barcelona: Ediciones B, S. A., 1999. (Biblioteca de Bolsillo)
- Haycraft, Howard. *Murder for pleasure. The life and times of the detective story*. Dover Publications, Mineola, New York, 2019 (Kindle Edition, sin paginación).
- Poe, Edgar A. "The Murders in The Rue Morgue", en *The Fall of The House of Usher and Other Writings*. Londres: Penguin Classics, 2003.
- Stavans, Ilán. *Antihéroes. México y su novela policial*. México: Joaquín Mortiz, 1993.
- Stavans, Ilan. *Atiheroes. Mexico and Its Detective Novel* (traducción al inglés de Jesse H. Lytle y Jennifer A. Mattson). Londres: Associated University Presses, 1997.
- Torres Medina, Vicente Francisco. *Muertos de papel*. México: CONACULTA, 2003.
- Usigli, Rodolfo. *Ensayo de un crimen*. México: Cal y Arena, 2007, séptima reimpresión.
- Vázquez de Parga, Salvador. *Los mitos de la novela criminal. Historia y leyenda de toda la literatura de criminales y detectives desde Poe hasta la actualidad*. Barcelona: Planeta, 1981. [Colección Textos]
- Villaurrutia, Xavier. *Cartas de Villaurrutia a Novo (1935-1936)*. México: Ediciones de Bellas Artes, 1996.

Vínculos en Internet

- Agatha Christie Bibliography (en línea): <https://en.wikipedia.org/wiki/Agatha_Christie_bibliography>. Consultado el 20 de abril de 2020.
- Letra original de la canción "Diez negritos" más una explicación de Agatha Christie sobre la forma en que concibió su novela a partir de la letra (en línea): <<http://onyourmarks.free.fr/tenlittleniggers.html>>. Consultado el 20 de abril de 2020.
- Offord, Sabrina. "65 Years of The Mousetrap". Victoria & Albert Museum (en línea): <vam.ac.uk>. Consultado el 25 de abril de 2020.
- Sobre la miniserie *And Then There Were None*, de la BBC (Londres): <<https://www.filmaffinity.com/es/film922426.html>>. Consultado el 25 de abril de 2020.
- Sobre la primera edición de *Diez negritos* en Estados Unidos (1940): <https://en.wikipedia.org/wiki/And_Then_There_Were_None>. Consultado el 25 de abril de 2020.
- Sobre otra edición en español de *Diez negritos: Y no quedó ninguno*. RBA Libros, 2008. <https://www.goodreads.com/book/show/140355.Y_no_qued_ninguno>. Consultado el 25 de abril de 2020.

